

áncora

Fabián Dobles, la novela del paisaje interior

Bajo el título *Los años, pequeños días*, la editorial Costa Rica está haciendo circular la novela más reciente del escritor costarricense Fabián Dobles, autor, entre otras obras, de *El Sitio de las Abras* e *Historias de Tata Mundo*. ANCORa presenta una entrevista con el escritor.

VICTOR HUGO FERNANDEZ

El viejo reloj de pared dio tres campanadas en El sitio de las Abras. En la semioscuridad de la amplia estancia: estudio, sala, comedor y cocina en una sola área, estábamos Fabián Dobles, su esposa Cecilia, Habib Succar y yo. Afuera llovía.

Su esposa preparaba café y tortillas con queso, mientras Habib, quien había hecho el contacto, fumaba mirando hacia afuera, centrando su atención sobre los árboles de aguacate que se estaban secando. "En una época llegué a sacar una cosecha de 15 mil aguacates", había comentado momentos atrás el hombre de 70 años. "Ahora, la cosecha apenas da para la familia. Creo que se murieron producto de un hongo que se comió la raíz, aunque también porque la vida de los injertos es limitada", agregó.

Hace diez años que abandonó San José para venir a vivir a Santa Cecilia de San Isidro de Heredia, donde fundó su propio Sitio de las Abras. En este terreno no vive físicamente Martín Villalta, aunque es posible sentir que su espíritu habita en algún recodo del terreno, al igual que muchos otros personajes que han cobrado vida en sus libros. La editorial Costa Rica acaba de publicar su novela más reciente, la séptima de su productiva carrera literaria, y cuando preguntamos por qué esperó 11 años para volver a publicar, el hombre de 70 años responde: "Los años, pequeños días es una novela que me costó tanto o más que las anteriores. Invertí cerca de tres años en escribirla. En el proceso tuve que desechar material y páginas escritas, porque no me llevaban por donde quería ir. En ella no pretendo otra cosa que escribir sobre Costa Rica y en costarricense.

Me tomó 11 años volver a publicar porque en este país no es posible llegar a ser un escritor profesional, al menos no para mí. Toda la vida he sido pobre y nada quita más tiempo para las cosas personales que la pobreza. La gente me preguntaba que si había dejado de escribir, pero no es eso. Es que aún viejo he tenido que arreglármelas de mil maneras para ganarme la vida... hasta cosechar y vender aguacates.

Durante algún tiempo solo tuve la entrada de la pensión del Magón y no era mucho. Ahora que la han aumentado, mi esposa y yo respiramos un poco mejor.

En otras partes del mundo, un escritor profesional puede aspirar a publicar en su vida hasta 30 obras, pero yo vivo aquí, donde encontrar lectores y mercado para cinco novelas de un solo autor es ya una hazaña. He publicado varias novelas, pero si de algo me siento satisfecho como escritor es de mis cuentos. Déjeme pegarle una *rajadita*, aunque no me gusta, pero creo que mi libro *Historias de Tata Mundo* va a contar en la historia de la literatura costarricense del siglo XX.

Pero su pregunta también tiene otra respuesta: el terror que me provoca la hoja en blanco. Lo pensé mucho antes de meterme nuevamente en esta novela, pero es algo de lo que no pude evadirme, a pesar de que sabía todo el dolor, la angustia y la desesperación que me iba a provocar escribirla". Afuera continuaba lloviendo. Un olor fresco a tierra mojada y flores silvestres se colaba a través de la puerta abierta. Comentó, sin embargo, que durante esta época llovía poco sobre el Sitio de las Abras, porque en octubre "aquí pinta el Caribe". Nerviosamente, el hombre de 70 años se recoge su blanca cabellera. Está incómodo. No le gusta la idea de la grabadora y se revuelve en la silla, abrochando y desabrochando su guayabera, hasta



Fabián Dobles.

que finalmente me pide que la desconecte. Accedo... y entonces comenta: "esta es una novela diferente a mis trabajos anteriores. Me representó un enorme gasto de neuronas. Andaba conmigo desde hacía años y en ella intenté hacer algo que me había propuesto hace ya tiempo: escribir una novela primordialmente a partir de datos personales y de cosas que me han contado gentes cercanas a mí, sin ser autobiografía. Lo que pretendo no es mostrar las cosas de la realidad, sino la realidad de las cosas.

Creo que el esfuerzo principal aquí es la elaboración imaginativa, que no imaginaria, de una realidad que me es familiar. Traté, por primera vez, de ordenar el tiempo de la manera en que se vive por dentro. De ahí que en la novela el personaje sea doble e igualmente real: un hombre de 70 años y

niño a la vez. Ambos se ven a los ojos y se sienten igualmente vivos.

Es una novela sobre el paisaje interior en la cual el personaje se cuestiona cosas como la eternidad, el universo, la vida y la muerte. Creo que solo desde esta 'cumbre' de los 70 años podría haberla escrito así".

"Para escribirla trabajé mucho", explica, "quería que se leyera de un tirón, de manera fluida, por eso es importante el lenguaje con el que está escrita. Intento con ella poner de manifiesto mi profundo amor por el idioma. Estoy convencido que lo primordial para realizar una buena obra como escritor es sentir y expresar un gran amor por el idioma con el que se escribe".

Fabián Dobles, la novela del...

Viene de la pág.1

Le pido que me hable sobre la literatura en Costa Rica y entonces admite que ahora lee poco de la producción nacional. Evoca a los viejos como Calufa (Carlos Luis Fallas) o Joaquín Gutiérrez, a quienes recuerda muy bien. Confiesa saber poco sobre la nueva creación, aunque menciona, sin embargo, algunos nombres.

Se queda un poco pensativo y añade: “los escritores jóvenes deben buscar quemar su propia pólvora y no la ajena. Tengo la impresión de que es más difícil ser escritor ahora que en mis tiempos. En aquella época el lenguaje no estaba tan contaminado, la educación era excelente, hasta latín incluía y era posible hablar de maestros, con quienes verdaderamente se aprendía. Ahora, basta preguntar con quien se estudia el idioma o literatura para entender por qué no hay más escritores. No solo es vocación, sino también **formación**.”

Calufa no era el iletrado que muchos señalan, era un escritor que estudiaba mucho y en su biblioteca era posible encontrar siempre dos o tres excelentes gramáticas y tantos otros libros de estudio. A ellos debe mucho su obra”.

“Para ustedes debe ser mucho más difícil ser escritores hoy día”, insiste, y agrega: “pero creo también que ustedes son más duros y logran adaptarse. Lo importante no es escribir como los demás, sino con lo de uno mismo. Para eso hay que buscar y trabajar mucho.”

Hacemos una pausa para tomar café, en-

tonces el hombre de 70 años habla de su salud y ríe. Su esposa dice: “nos va a enterrar a todos”. El comenta: “ya no estoy tan joven y me cuesta un poco pasar seis horas frente a la máquina de escribir, pero ya estoy pensando en otro proyecto, a partir de esta novelita de la que hablamos hoy, pues la corté donde me di cuenta que la podía continuar.”

Hace solo diez años aún andaba de manos durante largo rato, jugando con mis nietos, que pasan de la decena, hasta que Cecilia me lo prohibió. Ya no me juego dos partidos de fútbol seguidos, como acostumbraba, pero déjeme echarle otra *rajadita*, hace poco todavía me jugaba alguno”.

Le pregunto ahora sobre sus lecturas y con una franqueza simple y transparente confiesa haber leído solo algunas de las novelas de Vargas Llosa y García Márquez, aunque de este último lee cuanto artículo periodístico encuentra, porque le encanta su estilo e inventiva en el género.

En general, declara ser un lector selectivo. “Como durante mi vida los libros se pusieron caros y yo tenía otras prioridades familiares que cubrir, con mi salario de corrector de pruebas y oficinista, tuve que volverme un lector selectivo. Augusto Roa Bastos es un

gran escritor, lo mismo que Juan Rulfo, de quien tengo sus libros firmados. Hace poco volví a leer el **Quijote**. Tengo una edición en seis tomos y quería darme el gusto de recorrer nuevamente las páginas de esa novela fascinante. He leído un par de veces **La Biblia** completa y aunque mi memoria no es muy buena, creo recordar algunos pasajes”.

El diálogo llegaba a su fin, el hombre de 70 años debía dirigirse a San José a una reunión, aunque Cecilia, su esposa, lo persuadía de lo contrario: “está lloviendo mucho”, exclamó, y el hombre de 70 años aceptó el argumento.

Nos despedimos en el corredor con la promesa de volver a encontrarnos. “Usted escriba lo que quiera”, me dijo, “ya la novela no es mía, sino de los lectores”. El olor a flores silvestres era ahora mucho más fuerte. La tarde se apagaba en el Sitio de las Abras. Había dejado de llover y el cielo se despejaba perezosamente formando un aura multicolor sobre nuestras cabezas. Entonces comenté: “sabe, a veces tengo la impresión de que en esta parte del mundo estamos mucho más cerca del cielo, basta extender las manos un poco más de lo normal y tocar las estrellas”. El hombre de 70 años miró hacia arriba y luego sonrió, apretando con fuerza mi hombro.

FABIÁN DOBLES

Los Años, Pequeños Días



ANCORA, Año XVIII, No. 40, 15 de octubre de 1989.

Edición: Víctor Hugo Fernández. Diagramación: Kenneth Villanea. Textos: Víctor Valembois y María Puissant.